

# REVOLUCIONARIOS E INTERPRETES: LAS REVOLUCIONES ANTICOMUNISTAS EN LA PERSPECTIVA COMPARADA <sup>(1)</sup>

Por EDWARD TARNAWSKI

## SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—I. MODELOS EXPLICATIVOS DEL COMUNISMO E INTERPRETACIONES «PRIVILEGIADAS» DE LAS REVOLUCIONES ANTICOMUNISTAS.—II. REVOLUCIONARIOS ANTICOMUNISTAS SIN TEORÍA REVOLUCIONARIA.—III. AUSENCIA DE UNA TEORÍA COMUNISTA CONTRARREVOLUCIONARIA.—IV. EL REVISIONISMO EN LAS INTERPRETACIONES DE LAS REVOLUCIONES.—V. LOS INTÉRPRETES DE LAS REVOLUCIONES EN EL ESTE Y LA NUEVA TEORÍA POLÍTICA: A LA ESPERA DE UN NUEVO DEBATE IDEOLÓGICO.—CONCLUSIONES.—BIBLIOGRAFÍA.

## INTRODUCCION

La cuestión que vamos a plantear a continuación es si las revoluciones anticomunistas en el Este de 1989-1991 son un suceso más en la lista de las grandes revoluciones históricas, que incluye la Revolución Inglesa, la Revolución Americana, la Revolución Francesa y la Revolución Rusa. Aunque satisfacer el interés específico de los representantes de la política comparada sería ya una razón suficiente para investigar este tema, se trata, además, de situar estas revoluciones recientes en el debate actual sobre la continuidad de la modernidad. En el caso de llegar a una respuesta positiva, los que defienden la continuidad de la modernidad podrían contar con un importante argumento, pues demostrarían, una vez más, la validez del valor del progreso universal. Excluir las revoluciones anticomunistas de la lista de las grandes revoluciones históricas supondría, por el contrario, apoyar a los que anuncian la llegada de la posmodernidad con la consecuente interrupción del proceso iniciado

---

(1) Este artículo fue presentado como ponencia en la Conferencia «¿Perestroika o democracia? Reforma y revolución en Europa Central y Oriental», organizada por la Universidad de La Laguna en abril de 1992.

hace doscientos años. El primer examen que deben pasar las revoluciones anticomunistas para, eventualmente, ser incluidas en la categoría de las grandes revoluciones históricas consiste en la comprobación de si se trata de un acontecimiento político y social previamente elaborado en una especie de ejercicio teórico.

#### I. MODELOS EXPLICATIVOS DEL COMUNISMO

##### E INTERPRETACIONES «PRIVILEGIADAS» DE LAS REVOLUCIONES ANTICOMUNISTAS

Pensar que la explicación de la realidad comunista puede llevarnos a descubrir el germen de la revolución anticomunista no es correcto. En otras palabras: no se debe buscar en las primeras reformas del sistema comunista de los años sesenta el principio de la revolución anticomunista. Eso equivaldría a buscar en las reformas de Turgot de 1774 los principios de la Revolución Francesa, como ha hecho recientemente François Furet (1988). Esa es precisamente la metodología que están siguiendo inconscientemente los más destacados miembros del Antiguo Régimen comunista cuando, en unos libros que rezuman amargura, intentan demostrar que la causa de la caída del sistema estaba en el sistema mismo (2). También Gabriel Sénac de Meilhan (1990) intentó hallar en la crisis del Antiguo Régimen la causa suficiente de la Revolución Francesa. Hay, sin embargo, una diferencia entre ambos sistemas caídos que no permite el paralelismo, y es que los retratos del Antiguo Régimen comunista aparecieron antes de la revolución anticomunista, mientras que las principales obras sobre la Francia monárquica se escribieron en la época posrevolucionaria y desde la perspectiva de la misma revolución. Alexis de Tocqueville publicaba su *L'Ancien Régime et la Révolution* en 1856, más de medio siglo después de la Revolución Francesa.

La analogía entre los estudiosos del *Ancien Régime* de la Francia prerrevolucionaria y los soviétólogos no es, pensamos, exacta. Es más, ponemos en duda la aportación soviétológica a la hora de evaluar las revoluciones anticomunistas. Los retratos de la realidad comunista no son una exclusiva de los ex líderes de los regímenes comunistas ni tampoco de las ciencias sociales leales a éstos. Son sobre todo el resultado del trabajo de investigación de miles de soviétólogos occidentales. En su conjunto, se trata en ambos casos de interpretaciones reduccionistas, que explican la realidad comunista

---

(2) EDWARD GIEREK (1990), *Przerwana dekada* (La década interrumpida), BGW, Varsovia; WOJCIECH JARUZELSKI (1992), *Stan wojenny, dlaczego...* (Estado de guerra, porque...), BGW, Varsovia; STANISLAW KANIA (1992), *Zatrzymac konfrontacje* (Frenar la confrontación), BGW Varsovia; MIECZYSLAW F. RAKOWSKI, *Zanim stane przed Trybunalem* (Antes de comparecer ante el tribunal), BGW, Varsovia.

sobre la base de una serie de modelos analíticos (Ekiert 1991, 290-298). El más extendido es el del *totalitarismo* (Arendt 1951, 1974; Friderich y Brzezinski 1956). Otro modelo de gran influencia es el del *capitalismo estatal* (Djilas 1956), que enfoca los aspectos de la apropiación por la elite política de los medios de producción. El modelo *estructural-funcionalista* procura adaptar las teorías sociales occidentales al análisis del sistema comunista (Barghoorn 1972, Lane 1978). Por su parte, el modelo de *desarrollo y convergencia* trata a los países comunistas como un ejemplo más de los sistemas de modernización (Almond y Powell 1966). El modelo del *pluralismo institucional* trabaja con la teoría de los grupos de interés (Skilling y Griffiths 1971). En una de sus versiones se da como una posible vía de interpretación las experiencias del *corporatismo* de América Latina y Europa del Sur (Bunce y Echols 1980). Una gran influencia es la conseguida por el modelo de la *política burocrática*, que busca la explicación del funcionamiento del sistema comunista en las reglas del poder burocrático (Armstrong 1965). Hay también otros modelos, entre ellos el que trata la *corrupción* como el principio organizativo del sistema, por el que se rigen tanto la clase dirigente como la sociedad (Kaminski 1989).

Sería prematuro rechazar de entrada todos esos modelos analíticos, hoy *outdated* al haber sido arrollados por la misma rapidez del cambio, tal como lo insinúa Peter Zwick (1991, 461). Curiosamente, el peso de la soviología condena los estudios sobre el comunismo al mismo destino que la investigación sobre los sistemas autoritarios de los años veinte y treinta. La valoración del fascismo y del totalitarismo nazi salió a la luz cuando éstos habían ya muerto, derrotados en la guerra. Es lógico que fueran los mismos vencedores quienes pusieran la nota política, la sentencia de la historia. No se contó con las opiniones de los implicados directamente en la realidad totalitaria. En los primeros años de la posguerra, los autores alemanes, que intentaban ofrecer su visión del pasado, fueron en su totalidad ignorados. La valoración teórica de las revoluciones y regímenes totalitarios se reservó a los aliados y la condición de testigo presencial no fue respetada. En clara alusión a los acontecimientos de la caída del nazismo, la revista *Der Staat* publicó, con ocasión de la caída del comunismo en Alemania Oriental, un informe de los juristas de Leipzig completado ya en mayo de 1945 y depositado en archivos, que en su día no encontró el mínimo interés (Michaelis 1991).

Por el momento parece que no se podrá evitar que la explicación de la realidad comunista y de la revolución anticomunista se convierta también en una especie de saber «privilegiado», como se deduce de una entrevista concedida por Niklas Luhmann. Este, aludiendo a la experiencia de sus contactos con los colegas del Este, transmite la impresión de que sus conocimientos de

las realidades de Occidente, es decir, de las teorías occidentales, son escasos (Luhmann 1990, 216). Por eso sus posibilidades de comunicar las experiencias del Este a la comunidad de científicos occidentales son limitadas. Hay incluso quienes dan a entender que gran parte de los especialistas en ciencias sociales, y en particular los politólogos del Este, por estar comprometidos políticamente, no ofrecen el grado suficiente de confianza (Gunnell y Easton 1991, 5). El rechazo y falta de interés por parte de los colegas occidentales por las contribuciones de los autores del Este llega hasta el extremo de acusarles de abusar de teoremas sobre la sociedad totalitaria que, como se vio en el Congreso Mundial de Sociología de Madrid de 1990, no resultan ya iluminadores para los científicos occidentales, muchos de los cuales parecen estar deseando explicaciones de la «ciencia indígena».

Naturalmente, no se puede generalizar esta postura. Alain Touraine (1991, 14), por ejemplo, se muestra cortés y respetuoso y dice: «No queremos ir al Este sólo para aplicar los métodos y las ideas elaboradas en Occidente, sino para encontrar en estas tierras donde la historia se hace en este momento, razones para convencernos de que lo que habíamos pensado es real y que la sociología debe construirse como un análisis de las luchas en pro de la libertad y la justicia». La cautela que demuestra Touraine en sus declaraciones es plenamente comprensible. No se trata de equivocarse en la valoración de uno u otro acto del drama, sino de poner en la tómbola de la suerte las principales categorías de la teoría política elaboradas durante medio siglo, empezando por la misma categoría «revolución». Touraine define los cambios en el Este no como contrarrevolucionarios, sino como antirrevolucionarios; dice: «es vano buscar el equivalente en las revoluciones inglesa, americana o francesa» (4). Expresiones de Touraine como «antirrevolución» o «revolución de terciopelo», hoy en uso, no son sólo un modo poético de referirse a las nuevas realidades, sino una manera de huir de las explicaciones sociológicas e históricas clásicas.

Sean cuales sean las razones, las ciencias sociales occidentales no cuentan con la aportación científica del Este, aunque algunos de sus representantes, como la socióloga polaca Jadwiga Staniszkis (1984, 1989), haya conseguido un reconocimiento notable. El desmantelamiento de toda la estructura de las ciencias sociales de la ex RDA, que en sí es un fenómeno en la historia contemporánea, así como en otros países del Este, cierra prácticamente las ya escasas posibilidades de incorporar los resultados de las investigaciones de allá. Esta vez no se puede decir que la documentación sobre el totalitarismo se haya perdido, como sucedió con la información sobre el nazismo, que desapareció para siempre por falta de interés de los mismos alemanes. La experiencia del nacionalsocialismo, ciertamente, no era el tema de investiga-

ción preferido de las ciencias sociales alemanas (Luhmann 1990, 212). En este caso, el tema de la experiencia del comunismo sí interesa a los científicos del Este, y son los políticos quienes lo han dado por zanjado al constituir en Alemania una comisión parlamentaria para evaluar el sistema totalitario en el Este.

## II. REVOLUCIONARIOS ANTICOMUNISTAS SIN TEORÍA REVOLUCIONARIA

A partir de la Revolución Francesa, la pregunta que se hacen los historiadores de las revoluciones, independientemente de sus preferencias metodológicas y opciones políticas, es si aquellas fueron previamente preparadas en un proceso de elaboración teórica, es decir, si los revolucionarios, antes de iniciar la revolución, disponían de un programa fundado en una serie de paradigmas. Dan por supuesto que a los intelectuales les corresponde la preparación de actos revolucionarios. Esa es una idea que lanzaron los defensores del *Ancien Régime* con fines evidentes de difamación. Así, los primeros críticos de la Revolución Francesa la veían como el resultado de un complot internacional de los jacobinos, de grandes intelectuales como Voltaire, D'Alambert, Diderot y del rey Federico II (Gray y Hindson 1992, 203; Schaff 1983, 13).

Tanto para los críticos como para los admiradores de la Revolución Francesa, la unión de teóricos y revolucionarios se convierte en la primera regla de toda revolución. Parten del supuesto de que los intelectuales persiguen las revoluciones, ya sea antes de que sucedan, para participar en su preparación, o una vez consumadas, para demostrar la intervención en ellas de las teorías y de los intelectuales mismos. Si Edmundo Burke veía en la Revolución el resultado de la aplicación de una falsa teoría que quería rehacer una sociedad desde sus cimientos, los filósofos de la Ilustración justificaban la revolución como un acto de liberación conforme con la razón. La revolución es, pues, para todos los intelectuales la forma de vivir su intelectualidad en la realidad.

También aquí nos podemos preguntar si la revolución anticomunista se concibió en las mentes de unos teóricos-revolucionarios, si fue precedida de una revolución moral. Al respecto, Claus Offe afirma de modo tajante: «Este levantamiento es una revolución sin un modelo histórico y una revolución sin teoría revolucionaria. Su característica más llamativa es, de hecho, la falta de cualquier presupuesto teórico elaborado (...)» (Offe 1991, 866). Offe recuerda que las revoluciones de los últimos doscientos años habían contado con algún tipo de respuesta a preguntas como quién debía llevar a cabo las acciones, en qué condiciones y con qué fines, y habían previsto de algún modo cómo constituir la nueva síntesis de un orden posrevolucionario y qué

valor dar al concepto progreso. Aunque la mayoría de ellas resultaron falsas, no por ello dejaban de estar «formuladas independientemente de contextos inmediatos de acción y eran conocidas para los agentes participantes, y en este sentido eran respuestas teóricas» (Offe 1991, 866-867).

Si esa valoración es correcta, no cabe duda de que estamos ante un nuevo fenómeno en la relación entre política y teoría. Recientemente, Anne Sa'adah, en su estudio de la Revolución Francesa desde la perspectiva comparada de las revoluciones inglesa y americana, demuestra que los contenidos de las teorías revolucionarias limitan el alcance de las revoluciones. «(...) hemos visto que en la Inglaterra y América revolucionarias el desarrollo de una ideología coherente fue condición de una victoria moderada (...). Esa condición no se dio en Francia» (Sa'adah 1990, 78-79).

La misma cuestión debemos plantear respecto de las revoluciones en el Este. La pregunta sería si el pensamiento anticomunista fijó también los límites de la revolución anticomunista. Dicho de otra manera: si fueron los teóricos los mismos que desencadenaron las revoluciones. Thomas Jefferson empezó quizá a ser el teórico de la revolución democrática cuando se lanzó a traducir la obra de Montesquieu *El espíritu de las leyes*, y era ya un revolucionario consumado cuando redactó el borrador de la *Declaración de la Independencia* (1776). Es uno de los pocos revolucionarios que no se convirtió en una víctima de la revolución, a diferencia de Robespierre o Trotski. Llegó a ser el presidente de los Estados Unidos (1801-1809) y aún le quedó tiempo para una larga actividad académica. Vladimir Lenin no era aún el teórico de la revolución socialista cuando escribía en 1894 *El capitalismo en Rusia*, pero sí cuando publicó en 1919 *La revolución y el Estado*. Como primer jefe del gobierno soviético pudo ver los primeros resultados de su revolución. A León Trotski se le atribuye no sólo el papel principal en las preparaciones del golpe revolucionario de 1917, sino la reflexión posterior sobre la Revolución Rusa en su *Historia de la Revolución Rusa* (1985). El peso político y las ambiciones teóricas de los revolucionarios llevan a los teóricos a debates tan espectaculares como el que sostuvieron en los años cuarenta y cincuenta los historiadores franceses de filiación estalinista con sus colegas del ala trotskista sobre la Revolución Francesa (Viola 1992, 35).

En la época del comunismo se escribieron varios textos teórico-revolucionarios anticomunistas, sobre todo en los años setenta, que en gran parte han sido analizados por Zbigniew Rau (1991). Sin embargo, no se encuentra entre ellos ningún texto que haya conseguido el mismo impacto directo en la dinámica política que el conseguido por el ensayo de Emmanuel Sieyès *Qué es el Tercer Estado*, terminado en el invierno de 1788 y que sirvió de orientación y guía para el desarrollo futuro de los Estados Generales (Maíz 1990, xxvii).

A los revolucionarios anticomunistas no les atrae en general el rol de teóricos. Václav Havel sería quizá la persona más indicada para encarnar en su persona la figura híbrida de político revolucionario y teórico de la revolución. El primer presidente de la nueva república poscomunista parece estar a primera vista en la misma situación histórica que Lenin. Pero sería un esfuerzo vano intentar descubrir en la obra de ese dramaturgo de teatro del absurdo el esbozo de un programa revolucionario tal como lo entiende la teoría social. Sus *Cartas a Olga*, que son una crítica de la sociedad comunista, fueron recibidas como un texto revolucionario, pero sin aspirar al *status* de una teoría social. Su pasión anticomunista no le convierte en el teórico convencido de las posibilidades del éxito de la lucha anticomunista. En su famoso libro *El poder de los sin poder*, escrito en 1978, parece que acepta la realidad de que los regímenes de Europa del Este no son vencibles. Ese ensayo parece ser nada más que un triste testimonio de resignación en términos políticos. Havel no duda de la estabilidad del sistema comunista. «Si es verdad que un elemento imprescindible de las dictaduras “clásicas” es su inestabilidad histórica (...) esto no es posible afirmarlo con respecto a nuestro sistema (...) que ofrece una estabilidad histórica innegable (Havel 1990, 16). Aunque Havel responde al perfil del revolucionario —durante muchos años fue el secretario de la organización revolucionaria «Carta 1977» y prisionero político de un régimen autoritario— no por ello es el teórico de la revolución de terciopelo, como en su día lo fueron Jefferson, Lenin, Mao, Pol Pot, Jomeini o el presidente Gonzalo (Sendero Luminoso) de sus respectivas revoluciones.

En contraste con Havel, Mijail Gorbachov sí aspira a ser teórico revolucionario. La *perestroika* tiene el rango de un verdadero programa político revolucionario. Y, sin embargo, la actividad política de su creador ha desbordado su propio pensamiento y eclipsado su faceta de teórico. Gorbachov no ha corrido la suerte de Jefferson o Lenin, y el nuevo sistema, nacido de su revolución, no le ha dejado ejecutar y saborear el poder. La historia le ha ahorrado, eso sí, la amargura de sentirse frustrado por el hecho de que su revolución no consiguiera los objetivos planteados en su discurso teórico. Jefferson llegó a ver que la revolución americana había resultado menos democrática de lo que pensaba. Lenin, por su parte, creó un estado que era ya en su tiempo menos socialista de lo que su teoría preveía. Gorbachov empezó su trayectoria revolucionaria con una meta mucho menos ambiciosa: eliminar el alcoholismo. Con esa campaña se dio a conocer en la URSS y en el mundo entero. Su intención no era acabar con la URSS y el comunismo. A diferencia de periodistas revolucionarios como Marx y Lenin, que se ganaron la vida como publicistas, Gorbachov empieza su carrera periodística como jubilado político.

Lech Walesa, por razones obvias, nunca pretendió ser un teórico de la revolución. Con la naturalidad que le caracteriza confiesa que no ha escrito ningún libro y ni siquiera ha leído ninguno que le inspirara para la lucha contra el régimen comunista. La causa de su abstinencia teórica no es, pues, la lectura de Kant, quien decía: «Dass Könige philosophen, oder Philosophen Könige würden, ist nicht zu erwarten, aber auch nicht zu wünschen». Sin embargo, nunca ha dejado de subrayar su rol histórico en la caída del comunismo.

Dicha abstinencia teórica alcanza el grado de epidemia en países posrevolucionarios como Polonia. En las primeras reflexiones de líderes históricos como Bronislaw Geremek no aparece el mínimo intento de valoración teórica. No son, como en el caso del último libro de Gorbachov, textos motivados por intereses comerciales, sino más bien una forma de establecer los lazos internos de la nueva clase política, de inventario de miembros de esa clase. Se trata de crear una nueva historiografía oficial de la Europa poscomunista y de fundar nuevos mitos. Jacek Kuron, que intrigó al mundo en 1964 con su manifiesto contra el régimen del Partido, que tiene todas las características de un estudio teórico, una vez convertido en líder político de la Polonia poscomunista, dedica sus libros al tema del amor y no habla de base y supraestructura para nada. Cree que el hombre político es un hombre lírico.

Lo dicho nos podría hacer pensar que las revoluciones anticomunistas, por esa falta de teóricos revolucionarios propios, se asemejan más a las revoluciones fascistas de los años veinte y treinta que a las grandes revoluciones históricas. En efecto, sólo algunas de aquéllas tuvieron sus propios teóricos, que eran a la vez los mismos autores y líderes, tal como Hitler, autor de *Mein Kampf*. Francisco Franco, por su parte, se limitó a una modesta composición literaria y nunca aspiró a convertirse en un teórico del franquismo. Mussolini y Salazar sí mostraban esas ambiciones. Todo esto no quiere decir que dichas revoluciones autoritarias no tuvieran sus pensadores. Los que accedían al papel de teóricos revolucionarios desde el mundo de la teoría social y política eran gente del mundo universitario. Eso explica que en la posguerra las ciencias sociales dedicaran su mayor esfuerzo a descifrar el papel de esas teorías políticas en la materialización de los sistemas totalitarios (Arendt 1974).

La ausencia de intelectuales en el poder en los nuevos sistemas poscomunistas o sus derrotas políticas no son, con todo, un indicador definitivo del carácter antiteórico de estas revoluciones. En algún seno tuvieron que ser concebidas, probablemente en el cerebro colectivo que son las modernas ciencias sociales, auténticas fábricas de ideologías. Ferenc Fehér (1989a), en su estudio sobre el papel de la filosofía kantiana en la Revolución Francesa,



demuestra el rol de ese primer pensador político de la modernidad en los acontecimientos revolucionarios a través de la influencia que ejercía sobre el pensamiento de Sieyès o del mismo Robespierre. Kant, que no tenía la costumbre de desplazarse a los lugares de la historia viva, podía extender su influencia a través de otras personas a ellos. La visita en 1798 de Wilhelm Humboldt a París fue aprovechada para organizar un tipo de conferencia en la que participaron los principales ideólogos de la revolución para aprender la filosofía de Kant (Fehér 1989a, 164). También Napoleón, recién nombrado Primer Cónsul, intentó acercarse al pensamiento de Kant, que le causó un profundo rechazo. Para Fehér no hay duda de que la Revolución Francesa se desarrolló en diálogo con el pensamiento de este gran filósofo (Fehér 1989a, 166).

En el caso de la revolución anticomunista, el diálogo se establece con varias teorías de las ciencias sociales contemporáneas. Como hiciera París hace dos siglos, Moscú atrae hoy a los intelectuales occidentales, que van allí para influir directamente como consejeros oficiales de los nuevos gobiernos, o simplemente para ver de cerca los lugares donde la teoría está siendo sometida al examen de la realidad.

En algunos países, la revolución anticomunista ha tenido visos de verdadera revolución de intelectuales en un sentido bastante curioso. En Georgia, el primer presidente elegido democráticamente, Zviad Gamsajurdia, que había sido un famoso poeta y traductor, tuvo sus más encarnizados enemigos en un crítico literario y en un escritor. No tardó en ser acusado de totalitarista y enfermo mental, para ser definitivamente derrocado por Eduard Shevardnadze, el histórico jefe comunista del país.

### III. AUSENCIA DE UNA TEORÍA COMUNISTA CONTRARREVOLUCIONARIA

Las grandes revoluciones históricas se evalúan no sólo por las contribuciones de los teóricos revolucionarios, sino también por el rechazo que provocan. Para el pensamiento político, la crítica de las revoluciones es tan importante como su aprobación. Pensemos en la condena de la Revolución Francesa, que inspiró una parte del pensamiento político y sirvió de punto de referencia para varias formaciones políticas, llamadas contrarrevolucionarias y conservadoras durante dos siglos. El repudio de la revolución soviética durante setenta años ha hecho también importantes aportaciones teóricas. Quién sabe si, sin la revolución comunista, el mundo hubiera llegado a conocer las obras maestras de Karl Popper y Friderick von Hayek.

Para poder situarse al mismo nivel que las grandes revoluciones históricas, a los recientes acontecimientos del Este les falta ese componente al que

estamos aludiendo. La revolución anticomunista en el Este cuenta hasta el momento sólo con críticos testimoniales, sentimentales. No ha encontrado todavía críticos rigurosos. Para alcanzar la grandeza histórica le faltan figuras comparables a Edmund Burke o Joseph de Maistre. En efecto, podemos considerar que las revoluciones del Este no han sido todavía contestadas por la teoría contrarrevolucionaria, pese a la crítica generalizada de que fue objeto la gestión de los comunistas soviéticos cuando el hundimiento del sistema comunista soviético por parte de los dirigentes comunistas de China, Cuba, la República Popular de Corea, o de los líderes de los grupos de izquierda llamados intransigentes y dogmáticos. Sin querer forzar analogías históricas, hay que decir que los defensores del Antiguo Régimen comunista no encuentran un apoyo comparable al que dieron en su tiempo las cortes del Reino Unido o de Rusia a los emigrantes de la Francia revolucionaria. La situación internacional de Cuba o la República Popular de Corea es totalmente distinta. Estas no pueden aspirar al papel de protectores de los teóricos comunistas contrarrevolucionarios. China, que podría ofrecer un apoyo considerable a los que intentan defender en sus esfuerzos de teóricos los sistemas comunistas, no demuestra tampoco excesivo interés por desempeñar ese papel.

No podemos excluir la posibilidad de que el pensamiento comunista salga fortalecido y con mayor madurez de su confrontación con la revolución anticomunista. Salvando las distancias de contenido y a modo de analogía funcional, recordemos lo que ya en 1797 decía Joseph de Maistre: «El restablecimiento de la monarquía, que llamamos *contrarrevolución*, no será justamente una *revolución contraria*, pero sí *lo contrario de la Revolución*» (cita según Boffa 1989, 541). Con esto no queremos decir que De Maistre sea el patrón del comunismo renacido, pero es evidente que en las publicaciones de los ex dirigentes comunistas del Este no se sueña con la vuelta al socialismo real (3).

#### IV. EL REVISIONISMO EN LAS INTERPRETACIONES DE LAS REVOLUCIONES

La revolución en el Este ha coincidido con una importante perturbación en la historia, la sociología y otras ciencias sociales, que están en pleno proceso de revisión de sus teorías sobre la revolución. El dominio de las

---

(3) ADAM SCHAFF ha publicado, en 1992, un libro que es una crítica total de las revoluciones anticomunistas. Se llama *Nie tedy droga* (Camino equivocado). También el principal economista del Antiguo Régimen, PAWEŁ BOZYK; ha publicado este año una severa crítica de la política económica de las nuevas autoridades, *Droga donikad* (Camino a ninguna parte), BGW, Varsovia.

interpretaciones marxistas ortodoxas, tan evidente en los años cincuenta, sesenta y hasta los setenta, se ha reducido drásticamente. Obras de clásicos como Jean Jaurès; como *Histoire socialiste de la Révolution française*, 7 volúmenes, editada por Albert Soboul, Éditions Sociales (1968-1973), París; Albert Mathiez (1973), *Études sur Robespierre (1758-1794)*, Éditions Sociales, París; Georges Lefèbre (1963), *La Révolution française*, Presses Universitaires de France, París; y Albert Soboul (1983), pasaron a la defensiva ya en los años cincuenta al ser cuestionadas por Alfred Cobban en *The Myth of the French Revolution* (1955) y en *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge (1964). Pero había que esperar al final de los setenta para presenciar la aparición de nuevas ideas como las de Theda Skocpol de *Los Estados y las revoluciones sociales*, publicada en 1979 (1984), sin olvidar la obra del marxista Michel Vovelle *Ideologías y mentalidades*, publicada en 1982.

La verdadera revisión de los planteamientos sobre la revolución la inició François Furet con su *Penser la Révolution française*, Gallimard, París, publicado en 1978 (1980 en español), y en los años 80 era ya una corriente dominante. En la primera mitad de esa década, Lynn Avery Hunt (1984) publicó su *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, University of California Press, Berkeley. En este libro desafiaba abiertamente a los estudios estructurales comparativos de las revoluciones al subrayar el carácter exclusivamente nacional de la Revolución Francesa. En 1990 apareció un libro de Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge. Se trata de un estudio de la cultura política del *Ancien Régime* y del papel de la opinión pública en la transición entre la política absolutista y la política de la revolución. A diferencia de otras obras sobre el papel de las ideas, estudia el planteamiento de las figuras de segundo rango del mundo intelectual francés.

En la serie de libros revisionistas sobre la Revolución Francesa destaca por su metodología (sin una nota de pie de página sobre las referencias y documentos) la obra de Simon Schama, *Citizens: a Chronical of the French Revolution*, Viking Press, Nueva York, publicada en 1989 (1990 en español) y que, como su título indica, es una verdadera crónica escrita al estilo de los textos del siglo XIX, que vuelve la espalda a la historiografía analítica (Lewis 1990). Se centra en los sucesos y las personas injustamente olvidados o desaparecidos en la espuma de las grandes olas de la historia. La revolución como tal es condenada desde el principio. El libro de Schama es una novela que cuenta cómo la Revolución destruyó lo que era bueno, así como potencialmente malo, en el *Ancien Régime*. En su crónica de la Revolución Francesa, Schama pasa del revisionismo a la reacción, convirtiendo al pueblo,

por un lado, en simple testigo de la escena política, y por otro, haciéndolo directamente responsable de toda la ciega y horrible violencia revolucionaria (Lewis 1990, 717). Como en su momento hiciera Burke al valorar la Revolución Francesa, también Schama atribuye el impulso de la revolución a las actividades preparativas de la elite. El principal mensaje del libro es demostrar la degeneración del brillante movimiento de reforma intelectual, cultural y política y su conversión en violencia populachera. Pero, a diferencia de los intérpretes clásicos de la revolución, no considera la sangre como un producto ajeno indeseado, un infortunio, o como un precio necesario que había pagar por el progreso, sino como el motor principal de la revolución. La revolución se hace para matar. A la ola revisionista de la historiografía de la Revolución Francesa se sumó en 1986 el libro de Reynald Secher, *Le génocide franco-français: La Vendée-Vengé*, Presses Universitaires de France, París. La escéptica recepción de esta obra por parte de demógrafos e historiadores llevó a los intérpretes-defensores de la Revolución Francesa a una ambigua justificación de la violencia, que, según ellos, no llegó a ser «genocidio», dando a entender entre líneas que ése era el precio del nacimiento a la modernidad (Tilly 1989, 89-96).

Otro ejemplo más ponderado de tesis revisionista es la obra de William Doyle *The Oxford History of the French Revolution*, Oxford University Press, Oxford, publicada en 1989. Su autor reconoce que el ímpetu de la Revolución Francesa en su fase inicial provenía más bien de lo intelectual que de lo social o económico. Esa afirmación no le impide estudiar profundamente las diferencias de clase en la sociedad francesa prerrevolucionaria, aunque dejando al margen del debate algunos temas clásicos de la historiografía, como son el papel del campesinado (Mephee 1989, 1269). Doyle relaciona directamente la revolución con la crisis económica, lo cual está siendo también una de las características fundamentales de los análisis de las revoluciones en el Este dos siglos más tarde.

La crítica revisionista se ha aplicado asimismo a otros casos de revolución, como la Británica o la Mejicana (Knight 1992). En este momento estamos seguros, en vísperas de presenciar grandes revelaciones revisionistas sobre la Revolución Rusa. La desde hace tiempo anunciada publicación de la novela de Alexandr Solzhenitsin, *The Red Wheel*, de 5000 páginas, pretende convertirse en un compendio de saber sobre el siglo xx y, en particular, sobre la revolución en Rusia (TIME July 24, 1989, pp. 54-58). La apertura de los archivos del PCUS hasta su verdadera comercialización también servirán para dar una nueva visión, sin duda revisionista, de la Revolución y de la historia del comunismo en el Este.

Si el peso del revisionismo en la historiografía de las revoluciones es tan

grande, hay que pensar que este enfoque dominará también en las investigaciones sobre la revolución anticomunista. A este respecto es interesante el estudio comparado de Alan Knight de las tesis revisionistas sobre las tres revoluciones, la Inglesa, la Francesa y la Mejicana, en el que hace un esfuerzo por sintetizar las principales ideas defendidas por los revisionistas. Define el revisionismo como una corriente dentro de la historiografía contemporánea sin ninguna pretensión ideológica definida. Las tesis revisionistas, según él, se podrían resumir así: para empezar, toman una postura crítica respecto a la intención tanto de la política como de la historiografía de clasificar de entrada las revoluciones como movimientos populares, progresistas e igualitarios (166). Reivindican la necesidad de analizar los acontecimientos históricos en los términos que usaban los mismos actores. Rechazan, por ejemplo, la fórmula «fuerzas del cambio social», diciendo que ésas existían sólo en las páginas de los libros (180). En segundo lugar, retratan las elites como verdaderos autores de las revoluciones, otorgando a las masas el papel de espectadores indiferentes, maleables clientes o miserables víctimas (166). Además, las elites no representan nada más que una serie de intereses particulares prosaicos. La rusticalización de las revoluciones, su estudio desde la provincia o municipio es más apropiado (181). Acentúan el carácter corrupto de las revoluciones, el autoservilismo, maquiavelismo, ansia de poder, incluso carácter totalitario, evidentes, por ejemplo, en Méjico en la reforma agraria manipuladora o en el arrogante e impopular anticlericalismo (166). Contraponen la perspectiva localista a otra centralista, representada por cromwellistas o jacobinos (182).

Las tesis revisionistas subrayan, además, el carácter político más que social de las transformaciones que traen consigo las revoluciones (167). Sus principales efectos se miden por los cambios radicales en la cultura política (182). Niegan que cualquier revolución pueda ser potencialmente socialista y ni tan siquiera burguesa (167). Las pretensiones marxistas de clasificar la Revolución Francesa como «burguesa» las consideran un producto de la obsesión historiográfica (183). Al acentuar la continuidad histórica frente a la ruptura dan por supuesto que la revolución está dentro de la sociedad prerrevolucionaria. Por tanto, la sociedad continuará sin cambiar pese a la revolución (167). Los historiadores revisionistas de la Revolución Mejicana no pasan de considerarla una «gran rebelión» (183). No creen que exista una línea de separación entre la sociedad y el régimen autoritario, y operan con la categoría de sociedad/régimen. Reducen el alcance y la importancia de la opresión en la fase prerrevolucionaria (167). Con su tendencia a descalificar la revolución como efecto de la manipulación o como algo irrelevante, no dudan de que el *Ancien Régime* era un todo orgánico, armónico y duradero. Sin embargo, sin

llegar a negar la existencia de la guerra civil inglesa, concluyen que fue algo venido de fuera (184). Finalmente, las tesis revisionistas rehabilitan las contrarrevoluciones como unos movimientos legítimos del pueblo en defensa propia, motivados no por intereses sociales o políticos, sino más bien por sentimientos religiosos (167-168).

En cierto modo, interpretar la revolución anticomunista hubiera sido más fácil a finales de los setenta, antes de que el revisionismo impregnara, como lo hizo, la historiografía (Outram 1992). Por otro lado, es innegable que dicha interpretación revisionista brinda a los historiadores una oportunidad única de verificar generalizaciones obtenidas en los estudios historiográficos, esta vez vía ciencia política.

Por primera vez desde, muchas décadas, el estudio de las revoluciones pasadas y contemporáneas dispondrá de una amplia y variada base teórica y metodológica, pues el revisionismo no ha logrado excluir por el momento las interpretaciones estructuralistas clásicas. Los representantes de éstas son conscientes de que el revisionismo no es comparable con los debates del siglo pasado entre los intérpretes marxistas, liberales y conservadores (Hobsbawm 1989, 9) y responden con toda determinación. El número especial de la revista *Social Research*, dirigida en esta ocasión por Ferenc Fehér, lleva el título «The French Revolution and the Birth of Modernity», vol. 56, n. 1, Spring. En el debate con las tesis revisionistas participaron Eric J. Hobsbawm, Theda Skocpol y Charles Tilly, que cuentan también con el respaldo de la historiografía clásica.

En cualquier caso, los intérpretes de la revolución en el Este no deberían ignorar las aportaciones revisionistas, dado que en su fase inicial también la revolución anticomunista fue obra de una elite. Como todas las grandes revoluciones, empezó siendo un proyecto de transición política promovido por una clase ilustrada. La *glásnost* y la *perestroika* fueron un mensaje de grandes reformas dirigido al pueblo desde los púlpitos de los ilustrados. También la Revolución Francesa empezó con la Declaración de los Derechos del Hombre, pero tuvo que pasar por la masacre de París en septiembre de 1792 o el levantamiento de Vendée 1793/94. De la misma manera, ¿no entrarían las víctimas de Nagorno Karabaj o Bosnia y Herzegovina de 1992 en la factura a cuenta de esas *glásnost* y *perestroika*?

V. LOS INTERPRETES DE LAS REVOLUCIONES EN EL ESTE  
Y LA NUEVA TEORÍA POLÍTICA:  
A LA ESPERA DE UN NUEVO DEBATE IDEOLÓGICO

Las grandes revoluciones históricas no han sido desde luego las únicas fuerzas de cambio en la historia moderna. Entre éstas hay que incluir también los procesos de formación de la economía global y el progreso de la industrialización o formación de los estados nacionales. Si, pues, prestamos a las revoluciones tanta atención es por su extraordinaria importancia para el desarrollo de las ciencias sociales, y no tanto por el hecho de que fueran casos extremos de acciones colectivas, sino porque proporcionan unas lentes a través de las cuales podemos observar la organización de la sociedad en situaciones no extremas, normales, cotidianas (Kimmel 1990, 1). Las interpretaciones de las revoluciones son, pues, un elemento central del desarrollo de la teoría política y social. Lo que distingue a las grandes revoluciones históricas es que desde el principio despertaron un gran interés teórico en los que eran sus testigos presenciales, incluso los implicados directamente en la política revolucionaria.

Es tal el grado de importancia de la Revolución Francesa en la teoría política, que sus interpretaciones han servido de impulso para la institucionalización de las ciencias sociales modernas. En efecto, el choque de la revolución cambió para siempre el enfoque de la reflexión sobre la realidad política y social. Por primera vez se aceptó el cambio como la norma. A partir del siglo XIX se inicia el proceso de creación de un cuerpo de personas especializadas en el pensamiento político y social. La Revolución Francesa clausura el antiguo modo de organización universitaria. Empiezan a desaparecer los pensadores individuales y se les sustituye por una nueva institución especializada que somete la realidad política y social a un examen empírico permanente. La producción ideológica se convierte en la primera obligación de la universidad, que ya no está dividida en cuatro facultades (teología, filosofía, derecho y medicina), sino en varias unidades, que hoy día llamamos *departments* (Wallerstein 1989, 48). La Revolución Francesa inicia, en resumen, un proceso en el que la sociedad irá delegando en un cuerpo profesional la función de ser intérpretes permanentes del cambio social. Estos acabarán invadiendo el terreno antes propio de los ideólogos y los revolucionarios.

El impacto en la teoría política de la Revolución Francesa hay que atribuirlo también al hecho de que la dinámica interna de esa revolución era muy alta. Una misma generación de autores fue testigo de los cambios más radicales, que van desde la época del terror jacobino, pasando por *Termidor*, a la vuelta de la monarquía, y la oleada de nuevas revoluciones de la mitad

del siglo XIX. El impacto de la Revolución Rusa fue, en comparación, mucho menor. Para empezar, no pudo innovar mucho; disponía ya antes de estallar de un aparato conceptual proporcionado por las ciencias sociales. En este sentido, no sólo fue deseada y preparada, sino también anunciada. El aparato de análisis científico, al principio del siglo XX, básicamente marxista, era tan inspirador que en la interpretación de ella coincidieron en varios puntos esenciales autores como Gramsci y Sorel, procedentes de campos ideológicos y políticos distintos (Schechter 1990).

La Revolución Rusa se enfocó siempre sobre el telón de fondo de la Revolución Francesa (Deutscher 1952), cuyo poder sugestivo eclipsaba la creatividad de los mismos revolucionarios y artistas (Kondratieva 1990) e incluso de los primeros cronistas. En su evaluación política del tema, el extranjero hostil tampoco era capaz de dejar el horizonte de la Revolución Francesa (Mark 1990). Esa persistencia de los conceptos empleados para interpretar la Revolución Rusa refleja, por otro lado, su posterior petrificación. Su débil dinámica interna no podía inspirar a las ciencias sociales, que, en consecuencia, también sufrieron la enfermedad del estancamiento.

A la vista de las dificultades para interpretar la Revolución Rusa de un modo autónomo, independiente del modelo francés, nos resultará más fácil comprender que los cambios políticos en el Este tengan a las ciencias sociales paralizadas. De momento, la revolución anticomunista tiene sólo a algunos cronistas, como Timothy Garton Ash (1983) o Pilar Bonet. Se ha hecho también algún primer intento de «proponer algunas claves analíticas para la interpretación del proceso revolucionario» (Castells 1991, 2). Sin embargo, a diferencia de lo acaecido en la Revolución Rusa, ninguna de las principales teorías de las ciencias sociales se atreve a atribuirse el mérito de prever el desarrollo en el Este (Kuran 1991, 14). Sí las hay que juzgan *a posteriori* el colapso del sistema comunista en términos del *rational choice* (Colomer 1992).

Una posible explicación a la falta de reacción rápida por parte de la teoría social a los acontecimientos en el Este es que las revoluciones en esa región llegaron cuando la transición desde los regímenes autoritarios a la democracia en otros continentes había sido plasmada ya en unos trabajos científicos considerados puntos de referencia en la teoría social contemporánea. El clásico libro de Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, *Transitions from Authoritarian Rule, Prospect for Democracy*, fue publicado en 1986. Es lógico que en las primeras evaluaciones de los cambios en el Este se recurriera a la experiencia de la transición democrática en América Latina y en Europa del Sur (Colomer 1991, Karl y Schmitter 1991) y especialmente en España (Hernández Bravo 1991, Szilágyi 1991). Estos análisis no



se basan en los principios deductivos de la elección racional o de la inercia histórica, sino en la observación inductiva de una gama limitada de experiencias recientes. En cierto sentido, se asemeja genéricamente a los estudios, muy de moda actualmente, sobre la «teoría de las catástrofes» y la «vía de la dependencia» (Karl y Schmitter 1991, 284)

Si la revolución en el Este tiene esa proyección teórica, aparecerán tarde o temprano obras de gran transcendencia, tales como fueron en su tiempo las obras de los historiadores de la Revolución Francesa, pero esta vez los intérpretes no necesitarán esperar un siglo. François Furet, en su *Diccionario de la Revolución Francesa*, señala que en el siglo XIX era raro que los especialistas de la Revolución fueran profesores universitarios. Aproximadamente un siglo se tardó en convertir la Revolución en una disciplina académica (Furet 1989, 798). La revolución en el Este tiene, en cambio, al mundo universitario ya preparado para investigaciones inmediatas.

Para que las interpretaciones de las revoluciones en el Este cuajen en una nueva teoría política hay que superar antes la situación provocada por el arrinconamiento que sufren los estudios del Este respecto de los debates teóricos generales. Para la mayoría de los investigadores el comunismo en el Este era tan intransigente que no les exigía una renovación de sus ideas. Esa es en el fondo la razón por la que «el cambio político súbito y rápido en los países comunistas de Europa y en la Unión Soviética ha tomado por sorpresa a los científicos sociales» (Linz 1990, 26).

El autoaislamiento y aislamiento del comunismo respecto del mundo occidental ha permitido durante mucho tiempo vivir en un estado de permanente confusión lingüística. Por el mismo programa político, consistente en reducir el control del Estado sobre la economía y apoyarla en los mecanismos del mercado, se llamaba a Mijail Gorbachov «reformador democrático» y a Ronald Reagan «conservador». El acabar con este tipo de disociaciones y «traducciones ideológicas» es ya de por sí una contribución histórica de las revoluciones anticomunistas. Como dice Ralf Dahrendorf, gracias a ellas el lenguaje ya no tendrá que servir para estabilizar dos sistemas. Las mismas palabras podrán significar en el Este y en el Oeste las mismas cosas (Dahrendorf 1990, 21). Por fin se podrá recuperar el debate ideológico y éste podrá ser fructífero.

La ausencia de ideólogos revolucionarios y de contrarrevolucionarios coloca a los intérpretes contemporáneos de las revoluciones en una situación privilegiada. A primera vista, la ausencia de ideologías parece garantizar que la investigación sea más rigurosamente científica y objetiva. Muy al contrario, pensamos que la ausencia de ideología parcela y trivializa la investigación. Para Georges Duby, representante de la *nueva historia*, la historiografía ac-

tual, vacía de contenidos ideológicos, corre el riesgo de centrarse en los hechos anecdóticos (*El País*, 28 de abril de 1992, p. 30). El mismo peligro amenaza a las ciencias sociales y a la ciencia política en particular.

Cabe esperar que en torno a las interpretaciones de las revoluciones en el Este emergerá un debate ideológico profundamente nuevo. El debate que, como dice Duby, no se produce desde hace varias décadas. Las primeras contribuciones teóricas ideologizadas de las revoluciones del Este tienen, pues, su importancia. Sus autores —Ralf Dahrendorf (1991), Jürgen Habermas (1990), Agnes Heller, Claus Offe (1991) y Alain Touraine (1991), entre otros— aprovechan con ellas una oportunidad excelente para diseñar el nuevo espacio ideológico poscomunista.

#### CONCLUSIONES

Hemos señalado como uno de los rasgos más llamativos de las revoluciones anticomunistas el que, a diferencia de las grandes revoluciones históricas, relegan la teoría a segundo plano. Las revoluciones en el Este producen la impresión de no tener un respaldo ideológico propio. Los que fueron y son sus autores directos se niegan a valorarlas como el resultado de un proceso de reflexión teórica previa. La profundidad de los cambios y sus posibles implicaciones superan, además, a los mismos revolucionarios.

Si la revolución en el Este alcanza la magnitud de las grandes revoluciones históricas, tarde o temprano engendrará una nueva teoría social. De no hacerlo, para los historiadores futuros esas revoluciones no serán más que un ejemplo de tantos de rebeldía y levantamiento. En el peor de los casos habrá quedado confirmada la vitalidad de la teoría política y social contemporánea nacida hace doscientos años.

#### BIBLIOGRAFIA

- ALMOND, Gabriel, y BINGHAM POWELL, G.: *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Little Brown, Boston, 1966.
- ARENDT, Hannah: *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt Brace, Nueva York, 1951 (edición española: *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus Editores, Madrid, 1974).
- ARMSTRONG, John A.: «Sources of Administrative Behavior: Some Soviet and Western Comparisons», en *American Political Sciences Review*, vol. 59, núm. 3, septiembre 1965, págs. 643-655.
- AASH, Timothy Garton: *The Polish Revolution: Solidarity 1980-1982*, Jonathan Cape, Londres, 1983.

- BAKER, Keith Michael: *Inventing the French Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- BARGHOORN, Frederick: *Politics in the USSR*, Little Brown, Boston, 1972.
- BOFFA, Massimo: «Contra-revolución», en FRANÇOIS FURET y MONA OZOUF: *Diccionario de la Revolución francesa*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, págs. 541-548.
- BUNCE, Valerie, y ECHOLS, John: «Soviet Politics in the Brezhnev Era: Pluralism or Corporatism», en *Soviet Politics in the Brezhnev Era*, ed. Donald Kelly, Prager, Nueva York, 1980.
- BURKE, Edmund: *Reflections on the Revolution in France*, Penguin Books, Harmondsworth, 1790 (reimpresión, 1969).
- CASTELLS, Manuel: «La nueva Revolución Rusa», en *Claves*, núm. 16, octubre 1991, págs. 2-14.
- COLOMER, Josep M.: «Transitions by Agreement: Modeling the Spanish Way», en *American Political Science Review*, vol. 85, n. 4, diciembre 1991, págs. 1282-1302.
- «Imposibilidad teórica del socialismo», en *El País*, 5 de marzo de 1992, pág. 11.
- COMMINEL, George C.: *Rethinking the French Revolution: Marxism and the Revisionist Challenge*, Londres, 1987.
- DAHRENDORF, Ralf: *Reflexiones sobre la revolución en Europa, en una carta pensada para un caballero de Varsovia*, Editores Emecé, Barcelona, 1991.
- DEUTSCHER, Isaac: «The French Revolution and the Russian Revolution: Some Suggestive Analogies», en *World Politics*, vol. 4, núm. 3, 1952, págs. 493-514.
- DJILAS, Milovan: *The New Class*, Prager, Nueva York, 1956.
- EKIERT, Grzegorz: «Democratization Process in East Central Europe: A Theoretical Reconsideration», en *British Journal of Political Science*, vol. 21, núm. 3, julio 1991, págs. 285-313.
- FEHÉR, Ferenc: «Introduction», en *Social Research*, vol. 56, núm. 1, primavera 1989, págs. 3-4.
- «Practical Reason in the Revolution: Kant's Dialogue with the French Revolution», en *Social Research*, vol. 56, núm. 1, primavera 1989, págs. 162-185.
- FRIDERICH, Carl, y BRZEZINSKI, Zbigniew: *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Harvard University Press, Cambridge, 1956.
- FURET, François: *Pensar la Revolución francesa*, Petrel, Barcelona, 1980.
- *La Révolution. De Turgot à Jules Ferry (1770-1880)*, Hachette, París, 1988.
- «Historia universitaria de la Revolución francesa», en FRANÇOIS FURET y MONA OZOUF: *Diccionario de la Revolución francesa*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, págs. 798-813.
- GRAY, Tim, y HINDSON, Paul: «Edmund Burke and the French Revolution as Drama», en *History of European Ideas*, vol. 14, núm. 2, marzo 1992, págs. 203-211.
- GUNNELL, John, y EASTON, David: «Introduction», en *The Development of Political Science. A Comparative Survey*, edición de David Easton, John G. Gunell y Luigi Graziano, Routledge, Londres-Nueva York, 1991, págs. 1-12.
- HABERMAS, Jürgen: *Die nachholende Revolution*, Suhrkamp, Francfort, 1990.

- HAVEL, Vacláv: *El poder de los sin poder*, Ediciones Encuentro, Madrid 1990.
- HERNÁNDEZ BRAVO, Juan: «The Hungarian and Spanish Transitions Towards Pluralist Democracy: A Few Comparative Notes», en *Transitions and Changes in Europe in the 80s and 90s*, edición de István Szilágyi, University of Veszprém, Department of Social Sciences, Veszprém, 1991, págs. 113-136.
- HOBBSBAWM, Eric J.: «The Making of a "Bourgeois Revolution"», en *Social Research*, vol. 56, núm. 1, primavera 1989, págs. 5-31.
- HUNT, Lynn: *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, University of California Press, Berkely-Los Angeles, 1984.
- KAMINSKI, Antoni Z.: «Coerection, Corruption, and Reform: State and Society in the Soviet-Type Socialist Regime», en *Journal of Theoretical Politics*, vol. 1, número 1, 1989, págs. 77-102.
- KARL, Terry Lynn, y SCHMITTER, Philippe C.: «Modos de transición en América Latina, Europa del Sur y Europa del Este», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 128, junio 1991, págs. 283-300.
- KNIGHT, Alan: «Revisionism and Revolution: Mexico Compared to England and France», en *Past and Present*, núm. 123, febrero 1992, págs. 159-199.
- KIMMEL, Michael S.: *Revolution a Sociological Interpretation*, Polity Press, Cambridge, 1990.
- KONDRATIEVA, Tamara: «La théatralité de la Révolution française en Russie soviétique», en *Revue d'Esthétique*, núm. 17, 1990, págs. 71-76.
- KURAN, Timur: «Now out of Never: The Element of Surprise in the East European Revolution of 1989», en *World Politics*, vol. 44, núm. 1, octubre 1991, págs. 7-48.
- LANE, David: *Politics and Society in the USSR*, New York University Press, Nueva York, 1978.
- LEWIS, Gwynne: «Revolution, Revision and Reaction», en *The Historical Journal*, vol. 33, núm. 3, septiembre 1990, págs. 711-722.
- LINZ, Juan J.: «Transiciones a la democracia», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, vol. 51, 1990, págs. 7-33.
- LUHMANN, Niklas: «Wege und Umwege deutscher Soziologie. Interview im Deutschlandfunk am 3. Dezember 1989 von Dirk Baecker und Niklas Luhmann», en *Rechtstheorie*, vol. 21, núm. 2, 1990, págs. 209-216.
- MAÍZ, Ramón: «Introducción», en EMMANUEL SIEYÈS: *Escritos y discursos de la Revolución*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, págs. XIX-XI.
- MARK, Eduard: «October or Thermidor? Interpretations of Stalinism and the Perception of Soviet Foreign Policy in the United States, 1927-1947», en *The American Historical Review*, vol. 94, núm. 4, octubre 1990, págs. 937-962.
- MCPHEE, Peter: «The French Revolution, Peasants, and Capitalism», en *The American Historical Review*, vol. 94, núm. 5, diciembre 1989, págs. 1265-1280.
- MICHAELIS, Karl: «Denkschrift der leipziger Juristenfakultät. Über die Haltung der deutschen Intellektuellen zur nationalsozialistischen Regierung und über die Ursachen für die Möglichkeiten des Hitler-Regimes in Deutschland», en *Der Staat*, vol. 30, núm. 1, 1991, págs. 81-105.
- OFFE, Claus: «Capitalism by Democratic Design? Democratic Theory Facing the Triple

- Transition in East Central Europe», en *Social Research*, vol. 58, núm. 4, invierno 1991, págs. 865-892.
- OUTRAM, Dorinda: «Revolution and Repression. A Review Article», en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 34, núm. 1, enero 1992, págs. 58-67.
- RAU, Zbigniew: «The State of Enslavement: the East European Substitute for the State of Nature», en *Political Studies*, vol. XXXIX, 1991, págs. 253-269.
- SA'ADAH, Anne: *The Shaping of Liberal Politics in Revolutionary France. A Comparative Perspective*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
- SCHAFF, Adam: *Historia y verdad*, Editorial Crítica, Barcelona, 1983.
- SCHAMA, Simon: *Ciudadanos: crónica de la Revolución Francesa*, Javier Verga, Buenos Aires, 1990.
- SCHecter, Darrow: «Two Views of Revolution: Gramsci and Sorel», en *History of European Ideas*, vol. 12, núm. 5, 1990, págs. 637-653.
- SÉNAC DE MEILHAN, Gabriel: «De los principios y las causas de la revolución en Francia», en GABRIEL SÉNAC DE MEILHAN y ANTOINE BARNAVE: *Dos interpretaciones de la Revolución Francesa*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990.
- SKILLING, H. Gordon, y GRIFFITHS, Franklyn: *Interest Groups in Soviet Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1971.
- SKOCPOL, Theda: *Los Estados y las revoluciones sociales, un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- SOBOUL, Albert: *Compendio de la historia de la Revolución Francesa*, Tecnos, Madrid, 1983.
- STANISZKIS, Jadwiga: *Poland's Self-Limiting Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1984.
- «The Dynamics of a Breakthrough in the Socialist System: an Outline of Problems», en *Soviet Studies*, vol. 61, núm. 4, 1989, págs. 560-573.
- SZILÁGYI, István: «The Emergence of New Democracies in Europe (Some Peculiarities of the Hungarian and Spanish Transitions)», en *Transitions and Changes in Europe in the 80s and 90s*, edición de István Szilágyi, University of Veszprém, Department of Social Sciences, Veszprém, 1991, págs. 95-112.
- TILLY, Charles: «State and Counterrevolution in France», en *Social Research*, volumen 56, núm. 1, primavera 1989, págs. 71-97.
- TOURAINÉ, Alain: «El nacimiento de las sociedades post-comunistas. El regreso de los actores», en *Claves*, núm. 12, 1991, págs. 2-14.
- Transición desde un gobierno autoritario*, compiladores: GUILLERMO O'DONNELL, PHILIPPE C. SCHMITTER y LAURENCE WHITEHEAD; tomo I, *Europa meridional*; tomo II, *América Latina*; tomo III, *Perspectivas comparadas*; tomo IV, *Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Paidós, Buenos Aires, 1989.
- TROTSKI, León: *Historia de la Revolución Rusa*, Sarpe, Madrid, 1985.
- VIOLA, Paulo: «What Revolution Means, and What it Meant in 1789», en *History of European Ideas*, vol. 14, núm. 1, 1992, págs. 35-47.
- VOVELLE, Michel: *Ideologías y mentalidades*, Editorial Ariel, Barcelona, 1985.

WALLERSTEIN, Immanuel: «The French Revolution as World-Historical Event», en *Social Research*, vol. 56, núm. 1, primavera 1989, págs. 33-52.

ZWICK, Peter: «The Perestroika of Soviet Studies: Thinking and Teaching about the Soviet Union in Comparative Perspective», en *Political Sciences and Politics*, volumen XXV, núm. 3, 1991, págs. 461-467.